

Identidad cristiana del aporte universitario

José Cruz Ayesterán, S.J.

En el contexto de estas Jornadas, hoy nos toca abordar un tema capital para nuestra universidad. Los días anteriores se nos ha hablado sobre todo de la universidad en canto tal. Hoy nos toca hablar de la universidad en cuanto animada por una inspiración cristiana, más en concreto, de *la identidad del aporte universitario de inspiración cristiana.*

Un aporte significativo. Una mirada rápida sobre la historia pasada y presente de las universidades confiadas a la Compañía de Jesús nos hace ver que su aporte no comienza hoy. Hay una tradición larga que desde los tiempos de la Colonia llega hasta nuestros días prestando un aporte significativo. Es un aporte modesto en proporción al aporte global universitario, pero con todo ha sido y no deja de ser significativo en el presente. La memoria histórica nos alienta en nuestro caso.

¿Se mantiene la identidad? Uno de los elementos que ha cambiado es la disminución creciente del número de jesuitas en sus universidades y el aumento de laicos que tienen responsabilidades y

trabajan en ellas. Pero este hecho, lejos de ser un problema, puede resultar positivo, siempre que acertemos a compartir responsabilidades y asumir explícitamente la identidad específica de la universidad. Este es un fenómeno evidente en nuestra universidad. Hemos ido ganando en prestigio. Pero también tenemos que aceptar la inquietante constatación de que hemos formado profesionales generalmente exitosos en una sociedad fracasada.

¿Es de inspiración cristiana nuestra universidad católica? Caemos en la cuenta de que en las universidades confiadas a la Compañía de Jesús hay diversas modalidades de pertenencia a la Compañía y a la Iglesia. Pero todas ellas se consideran de inspiración cristiana. Esta característica pertenece a la esencia de las universidades confiadas a la Compañía. No se trata de algo accidental. Pero la definición de esta identidad requiere un clima universitario de reflexión, de discernimiento y elección de caminos específicos para definir y acentuar el aporte universitario cristiano y jesuítico. Desde su fundación, nuestra universidad se ha definido como católica. Pero esta definición requiere hoy una nueva reflexión de toda la comunidad universitaria. Estas Jornadas marcan un nuevo intento por responder a este requerimiento.

Aportes de AUSJAL

Antes de centrarnos en algunas cuestiones problemáticas, echemos una mirada al documento de la AUSJAL para descubrir cómo podemos entender una universidad de inspiración cristiana.

- Ante todo se trata de que la universidad asuma *institucionalmente*, y no sólo a nivel individual, la realidad humana tal como se encuentra y cargar con ella para transformarla con la levadura espiritual del evangelio que inspira la defensa de la vida y su calidad humana con espíritu solidario. La universidad debe

asumir la confrontación con la dramática realidad de los graves problemas contemporáneos de nuestra sociedad que vive en condiciones antihumanas y anticristianas. Esta tarea es de inspiración cristiana que califica a nuestras universidades.

- A la luz de los documentos de la Iglesia (DP, DSD, ECE...), la AUSJAL afirma que las universidades de inspiración cristiana deben asumir decididamente la tarea de la búsqueda amorosa y crítica de la verdad en todos los campos del conocimiento científico-tecnológico, humanístico y teológico para procurar una *síntesis* que ayude a realizar el proyecto cristiano del hombre. La modernidad debe ser asumida en forma cordial y crítica para superar sus errores y limitaciones y no caer en el desencanto de lo que se llama postmodernidad. Sólo así se logrará el perfil de estudiante con formación integral que sabe unir la riqueza del desarrollo humanístico y cultural con la formación profesional especializada. Para lograr este objetivo, se nos invita a un diálogo interdisciplinar.
- La universidad no sólo debe integrar los saberes para configurar una formación integral, sino que los conocimientos deben estar unidos a una praxis transformadora de la realidad. Esto exige la prioridad de lo ético, es decir la unión de la ciencia con la conciencia inspirada cristianamente. No basta con una ética del egoísmo o que regule el egoísmo humano.
- La universidad de inspiración cristiana está llamada a desarrollar su identidad fundamental teniendo muy presente la variada condición de los integrantes de la comunidad en cuanto a su identidad humana y religiosa. La identidad institucional de una universidad de inspiración cristiana debe realizarse en un sano pluralismo confesional cristiano y religioso. El reconocimiento y respeto por las creencias religiosas de los miembros de la comunidad universitaria debe integrarse institucionalmente en

un aporte universitario de inspiración cristiana. Será necesario un sincero y comprensivo diálogo interconfesional e interreligioso.

- Este diálogo encuentra hoy dificultades específicas en un mundo fuertemente secularizado que se resiste a la explicación de toda referencia a Dios, al Evangelio y a la Iglesia (o iglesias). Con todo, la modernidad se va abriendo poco a poco hacia un abigarrado mundo religioso.
- Las transformaciones sociales y culturales requeridas no pueden realizarse sin una auténtica inspiración espiritual capaz de mover y orientar los pueblos. La vivencia y explicitación de la inspiración cristiana es una fuerza que viene de Dios y da eficacia al aporte universitario en su integridad. No basta con una inspiración cristiana meramente teórica, sino que tiene que convertirse en vivencia personal e institucional.

Puntos importantes de diálogo

La inspiración cristiana de una institución como la universidad no puede reducirse a actos religiosos más o menos compartidos. La inspiración cristiana tampoco puede ser una inspiración meramente subjetiva e individual de la actividad universitaria. Ni es sólo un asunto privado que se supone y se esconde en una honesta profesionalidad universitaria, que no es poco. Después de esta mirada panorámica, quisiera detenerme con Uds. en la consideración de tres puntos problemáticos que invitan especialmente al diálogo.

Diálogo Fe y Justicia

La Compañía de Jesús en sus últimas tres congregaciones Generales formula su misión hoy como “el servicio de la fe, del cual la

promoción de la justicia es una exigencia absoluta” (CG32:d4, 2). “El nuestro es un servicio de la fe y de las implicaciones radicales de la fe en un mundo donde se está haciendo más fácil conformarse con algo menos que la fe y menos que la justicia” (CG34:d2, 11). “El principio integrador de nuestra misión es el vínculo inseparable entre fe y promoción de la justicia del Reino” (CG34:32, 14).

Esta misión se concreta necesariamente como una solidaridad preferencial por los pobres, es decir, nuestra fe cristiana está inspirada en el Evangelio de Jesús. Esta solidaridad es esencial a la inspiración cristiana de nuestro aporte universitario. El documento de la AUSJAL afirma: “La opción preferencial por los pobres y la promoción de la justicia social tienen una particular resonancia que marca todo el espíritu y el quehacer universitario católico” (91). Esta opción radical debe configurar no sólo el talante espiritual e intelectual de cada uno de nosotros, sino que debe configurar *institucionalmente* todas las actividades de dirección, administración, investigación y docencia de nuestra universidad. Afirmar esta justicia es luchar contra la injusticia. Sin esta inspiración, nuestra universidad “católica” no será de inspiración cristiana.

Tradicionalmente se ha hablado del diálogo entre fe y razón, y en este campo deberían estar siempre comprometidas las universidades de inspiración cristiana. Pero una razonable comprensión de la fe conlleva el diálogo de ésta con la justicia que brota de la misma fe y de la misma razón (3).

Como el evangelio de Jesús, esta opción nos llama a todos a una conversión más auténtica para ordenar nuestros intereses individuales e institucionales de acuerdo a lo más esencial de la inspiración cristiana. De todas maneras, este punto requiere un franco diálogo para superar ideologizaciones, demagogias y resistencias fuertes que se han venido dando.

Diálogo interdisciplinar

En varios números de la sección del documento AUSJAL (77, 78, 80) que se refiere al aporte universitario de inspiración cristiana, se nos invita a un diálogo interdisciplinar. Por otra parte, los Estatutos de la UCAB (art. 6º, inciso 5, apartado 3) se nos dice que la misión específica de la universidad es “Promover el diálogo de la Ciencia entre sí y de éstas con la Filosofía y la Teología, a fin de lograr un saber superior, universal y comprensivo, que llene de sentido el quehacer universitario”.

Desde la perspectiva teológica, la interdisciplinariedad que propone el citado artículo, es una necesidad fundamental, que debe ser buscada por las diversas instancias universitarias.

Una de las causas que ha impulsado por ejemplo a la teología a la práctica de la interdisciplinariedad consiste en la introducción de nuevos *objetos* que se han impuesto a la reflexión. El interés, después del Vaticano II, por la experiencia, la praxis, el pluralismo y un poco más tarde por el lenguaje, el texto, el relato, ha ampliado el campo de los objetos disponibles para el análisis teológico. En respuesta a estos nuevos objetos, se han elaborado teologías de la experiencia, teologías de la praxis, teologías del relato, etc. esta apertura al “mundo”, ha puesto a la teología en contacto con las ciencias humanísticas, y también las científicas, a fin de buscar instrumentos adecuados para captar esas “nuevas realidades”.

La teología se ha visto llevada a superar la yuxtaposición de instrumentos extraños a sus propios procedimientos tradicionales, a su propia *ratio theologica*, para aceptar tomar en consideración epistemológica su propio discurso, que se mostraba impregnado por “otras” lógicas. La introducción de los instrumentos de las ciencias llevó a tomar en consideración nuevas racionalidades. La propia *ratio theologica* se ha visto transformada. La interdisciplinariedad como

apertura ha demostrado ser un verdadero caballo de Troya. La investigación teológica que se presentara como exposición de un sistema cerrado, delante de las ciencias humanas que en la actualidad funcionan como sistemas abiertos, no solamente está destinada a tener poco éxito, sino que también se expone a la acusación de ser poco científica.

Pero esta apertura de la teología hacia otros campos ha producido lo que se ha llamado el “choc” del encuentro. La teología no tiene todavía caminos seguros en su exploración de la interdisciplinariedad desde el giro que supuso el último concilio. Es necesario elaborar un modelo teórico del arco hermenéutico como condición de posibilidad para la interdisciplinariedad en teología. Y este trabajo no lo hemos hecho en la UCAB.

Por otra parte, todavía es correcto hablar del silencio sobre Dios en gran parte del mundo científico, al menos en las universidades, donde reina un cientificismo retrasado con respecto a la vanguardia del pensamiento científico. Todavía pesa más la inercia del silencio *positivista* con respecto a la fe, a la moral y a la filosofía misma, expulsadas del reino de las ciencias. Es claro que las ciencias empíricas no tienen por objeto formal propio a Dios. No se les puede pedir a las ciencias que nos hablen de Dios, pero tampoco pueden las ciencias negar las realidades últimas del mundo y del hombre, que quedan fuera del campo propio de su investigación. Para que no se propicie un diálogo de sordos, es necesario que tanto la teología como las ciencias se escuchen y busquen caminos concretos de interdisciplinariedad.

Pero otra razón poderosa de la falta de interdisciplinariedad es que la teología y las ciencias no pueden dialogar a fondo sin la necesaria *mediación de la filosofía*. La razón gnoseológica de la necesidad de este puente es obvia: la teología como “inteligencia de la fe”, necesita del instrumento intermediario —ancilla en los siglos medievales—

les— de los conceptos filosóficos. Y por su parte la ciencia positiva, a la hora del diálogo, sin el elemento integrador de la filosofía se diluyen en especialidades cerradas sobre sí mismas.

Para ser honestos, tendremos que decir que, al menos en nuestra casa de estudios, ni la teología, ni la filosofía ni las ciencias empíricas —los tres supuestos protagonistas del diálogo interdisciplinar— están hoy en condiciones de realizarlo con suficiente nivel. Nuestra teología está en pañales y es “infante”. Ni el Postgrado ni el CER están todavía en condiciones de creatividad como para iniciar un diálogo interdisciplinar.

Pero tal vez tampoco la filosofía está en condiciones, aunque tiene recorrido un camino más largo. Si bien es cierto que “la crisis postmoderna ha convertido en un lugar común el desencanto ante las exageradas pretensiones de los grandes proyectos filosóficos de la modernidad”, no es menos cierto el peligro de ver la filosofía cada vez más limitada a ciertos sectores particulares de la epistemología y de la lógica, y cada vez más inclinada a las nuevas formas del *neopositivismo* y del principio de inmanencia. ¿No le faltará a la filosofía actual el aliento creador de otras épocas? Sin este aliento creador, será difícil que pueda entrar en diálogo con la teología y con los impresionantes descubrimientos científicos de la época actual, y menos fungir el papel de intermediario que se le reconoce en el diálogo interdisciplinar.

¿Qué ocurre, por su parte, con las ciencias empíricas a la hora de responder a la pregunta central sobre el ser humano? Lo que ellas nos presentan es un abigarrado mosaico que está lejos de integrar una auténtica imagen del hombre. Y esto porque las ciencias actuales padecen, en primer lugar, de lo que podría llamarse “adición a las especialidades”. Todo lo necesaria que sea la especialización científica, ella tiene como efecto que cada subespecialidad es escasamente capaz de dialogar con la subespecialidad vecina, y del todo incapaz

de mayores síntesis, incluso meramente científicas. Sólo una antropología filosófica lo bastante amplia y profunda podría hoy insertar tantos hallazgos parcelados y fragmentarios en una cierta unidad epistemológica.

A estas razones intrínsecas, habría que añadir una dificultad extrínseca considerable: los protagonistas de un verdadero diálogo interdisciplinar no pueden ver exclusivamente lo suyo. Aunque sea en distintos e imperfectos grados, deben conocer la epistemología, el vocabulario, la mentalidad y las grandes líneas de lo que están haciendo, en sus respectivas áreas, los otros: teólogos, filósofos, científicos. En caso contrario, ni siquiera entenderán lo que su interlocutor pretende decir. Para nadie su ciencia es una torre de marfil que le dispense buscar más allá de su propia disciplina, y hacerse una concepción más integral del mundo y de la vida, sin la cual nadie puede vivir.

Diálogo interconfesional e interreligioso

Como dice el documento AUSJAL, “Con frecuencia la comunidad universitaria incluye también ‘miembros pertenecientes a otras Iglesias, a otras comunidades eclesiales y religiones, e incluso personal que no profesa ningún credo religioso’ (ECE 26). Esto no significa que ellos deban cambiar su identidad, sino que la tarea se realiza en una sociedad plural” (89).

Esta afirmación plantea una serie de cuestiones profundas y vitales a nuestra universidad que define su identidad como católica. La historia de la catolicidad de la UCAB está unida a la historia de la Iglesia venezolana y de la Compañía de Jesús. A partir del concilio Vaticano II, el talante confesional de las diversas confesiones cristianas se ha hecho más ecuménico, es decir, más abierto a un sincero diálogo interconfesional. Por ahora, la cultura venezolana se define

como católica, y la mayoría de profesores y estudiantes de nuestra universidad se identifican con la confesión católica de la fe cristiana. Con el tiempo, parece inevitable que la presencia de otras confesiones cristianas e incluso de otras religiones no cristianas sea más fuerte entre nosotros. Con la Postmodernidad está llegando un despertar de nuevos movimientos religiosos de toda clase.

Con la apertura iniciada con el concilio, todos hemos pasado, en diverso grado, del anatema al diálogo. Una de las directrices de la última Congregación General de la Compañía de Jesús se refiere al diálogo interreligioso. “El diálogo ‘es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias’ (Juan Pablo II, RM 56) y jamás debería tomarse como estrategia para conseguir conversiones. Ser religioso hoy equivale a ser interreligioso en el sentido de que la relación positiva con los creyentes de otras religiones es algo exigido en un mundo de pluralismo religioso”.

La Compañía debe promover las cuatro vertientes de diálogo recomendadas por los recientes Papas y Obispos:

a) “El *diálogo de la vida*, en el que las personas se esfuercen por vivir en un espíritu de apertura y de buena vecindad, compartiendo sus alegrías y penas, sus problemas y preocupaciones humanas”.

b) “El *diálogo de las obras*, en el que los cristianos y las restantes personas colaboran con vistas al desarrollo integral y la libertad de la gente”.

c) “El *diálogo de las experiencias religiosas*, en el que las personas enraizadas en sus propias tradiciones religiosas comparten sus riquezas espirituales, por ejemplo en lo que se refiere a la oración y la contemplación, la fe y la búsqueda de Dios y del Absoluto”.

d) “El *diálogo de los intercambios teológicos*, en el que los expertos buscan profundizar la comprensión de sus respectivas herencias

religiosas y apreciar recíprocamente sus propios valores espirituales” (CG34d.5.3-4).

Por eso la Universidad de inspiración cristiana está llamada a desarrollar su identidad fundamental teniendo muy presente la variada condición de los integrantes de la comunidad universitaria.

Para finalizar diríamos que el aporte universitario de inspiración cristiana exige de todos nosotros una actitud de franca apertura a un diálogo en profundidad hacia dentro y hacia fuera de la institución universitaria.

